

FORTUNATA

Esta mujer no viene aquí como *personaje*, sino como persona real, independizada, desligada del propio Galdós, dueña absoluta de sí. Siempre he sentido por ella un gran respeto, un respeto casi religioso, difícil, y, tan profundo, que no acertaba nunca a identificarlo. En el centro mismo del pecado parece habitar, brillar una sustancia rara (distinta a él, pero que le pertenece), un *algo* que casi no me atrevo a llamar sagrado, pero que es sin duda un rincón intocable, prohibido para la moral, que vive a *salvo* de la moral, que escapa a nuestras leyes (ignorar su existencia y su *validez* es lo que hace de todos los puritanismos algo tan herético, tan alejado de Dios); pero ese fondo *noble* que vemos trasparentarse en el pecado adquiere en la figura de Fortunata una dimensión milagrosa. Fortunata vive en perpetuo, en continuado pecado, pero no es nunca una culpable, y su pecado termina así por ser una virtud, o mejor, por ser una fuerza *virtuosa*, una fuerza que tiene la virtud de elevarla, de salvarla: Fortunata no necesita *renegar* de su pecado para salvarse; no *huye* de su pecado, sino que lo *transfigura*, logra volverlo otra cosa, logra arrancarle un sonido limpio, casi una significación divina.

La tan cacareada contradicción española, dualidad española (realismo y espiritualidad) no es otra cosa que ansia de *transfiguración*; se habla de realismo y misticismo españoles como de dos sustancias contrarias, como de dos materiales opuestos, que se excluyen, sin comprender que el español no es contradictorio, sino *difícil*, es decir, que ha querido siempre lo difícil, y ha desconfiado del espíritu *espiritual*, del espíritu *separado* de la vida. El español ha querido siempre lo difícil... o nada; y claro, suele quedarse con nada, porque esa soberbia y esa ambición lo hundan (a veces durante siglos) en la mayor indigencia, en un hambre terrible, en un hambre que se lo come vivo, que lo mantiene vivo. Pero cuando no está en la indigencia, es decir, cuando aparecen en él, en el español, un Velázquez, un Don Quijote, una Fortunata, se producen entonces seres de una robustez única, porque ellos -éstos- no buscan nunca el espíritu, la delgadez del espíritu, en un aire favorable, en un clima espiritual, sino que bajan valientemente al fondo de la mina para extraerlo como un carbón.

Fortunata es una pecadora fiel -no fiel a su amor por Santa Cruz, como podría pensarse, sino fiel a su pecado-, o sea, que no *deserta* nunca de su pecado, sino que lo *funde* desde dentro, lo reduce a cenizas desde dentro, quemándose ella también, salvándose pecado y ella juntos. Fortunata *cede* siempre sin titubeos quizá porque conoce secretamente su inocencia, o por generosidad, por despilfarro humilde de ella misma, pero lo cierto es que, cuando más cede, más la vemos acercarse al ángel que quiere ser, o mejor, que *sospecha* ser.

México, 1952